

LIBRO OCTAVO.

EL PRETORIO.

CAPITULO I.

La salida del sol.

Triste era aquel día. Ni las flores se permitían perfumar las auras de la mañana con sus aromas; ni los céfiros jugueteaban retozones en la enramada, ni las avecillas cantaban alegres un himno á su Criador.

El cielo purísimo y azul de la Palestina tenía un color plumizo, y aun cuando ni una ligera nube se divisaba en toda la extensión del horizonte, no sé que neblinas vagas, opacas, se levantaban de la tierra y se corrían por el ancho espacio del firmamento, como una gasa inmensa de luto.

¿Eran aquellas neblinas los miasmas deletéreos del pecado de los hombres? ¿Era que la naturaleza estremecida del crimen que la tierra preparaba, escondía con horror su hermosura, para que no la viesan llorar los ojos indignos de los mortales? ¿Era que el cielo y la tierra se vestían de

luto para decir á los hombres que ellos, objetos insensibles, lloraban, mientras que la humanidad martirizaba á su Redentor?

Es posible que fuera todo esto junto, lo que corría una gasa de neblinas opacas sobre el anchuroso y radiante cielo de la Palestina; es posible que fuera todo esto junto, lo que impedía á las tiernas flores regalar las auras con su perfume, á los céfiros jugueteos retozar entre las ramas frondosas del bosque, y á las avecillas enamoradas levantar un himno á su Criador, con los primeros resplandores del sol.

Y en esta tristeza universal los primeros rayos del astro del día, invisible aun, rasgaron la cortina de opacas neblinas, y se difundieron como chispas de un fuego que se apaga, por toda la extensión del horizonte.

Aquel cuadro tan magnífico, tan espléndido, que nos da tan grande idea de la sublime majestad y omnipotencia del Hacedor, nada tenía aquel día de radiante y de bello; nada de alegre, nada de hermoso.

Los primeros rayos del sol eran opacos, tristes,... mejor parecían lágrimas que sonrisas. Los vapores espesos que de la tierra se levantaban, absorbían los destellos del astro del día, presentándole á los ojos del espectador como un inmenso globo de fuego, como una pupila del firmamento, inyectada en sangre á causa de tanto llorar.

El observador atento, que se hubiera fijado en la extraña particularidad que el cielo ofrecía aquella mañana, hubiérase estremecido, y no sé que temores se hubieran apoderado de él, augurando un cataclismo, augurando pavorosos sucesos á la tierra, á deducir por las extrañas señales que en el cielo se observaban.

Nada de ello advirtieron los que en Jerusalem esperaban

con tanto afán la salida del sol, y cuando los primeros destellos del astro del día, vinieron á herir los mármoles y las bruñidas planchas de oro del templo, Anás y Caifás que lo ansiaban con tanta ansia, exhalando un ¡ah!... de gozo, pusieronlo todo en movimiento.

La hora para ellos tan apetecida habia llegado ya. Dentro de breves momentos Jesús se hallaria en poder de Poncio Pilatos, y las lanzas romanas les pondrian á ellos en tranquilidad, y asegurarían la prision del Cristo, que tan inseguro suponían mientras permaneciera en su poder.

Por otra parte Pilatos debia condenarle á muerte; era el instrumento de las venganzas de aquellos miserables, y cuando con tanto afán se esperaba el momento apetecido, en que pudiesen ver colgado de una cruz al Salvador que odiaban tan cordialmente, júzuese si seria grande la frenética alegría que de ellos se apoderó, en el acto de ver reflejados los rayos del sol en las bruñidas planchas de oro del Santuario, porque aquel reflejo les decia que su obra de odio y exterminio iba muy luego á llegar á su término.

En todas las fisonomías observóse el horrible alborozo que llenaba sus indignos pechos, mientras que Anás convertido en alma de aquel crimen inmenso, reunía á los jueces, y todos volvian á tomar asiento en sus respectivos puestos.

Cuando de nuevo se hallaron reunidos en asamblea, Caifás desde su silla de la presidencia dijo:

—La hora ha llegado, jueces de Israel, en que el que ha merecido por sus delitos la sentencia de muerte, sea puesto en manos del Pretor. ¿Os confirmáis, pues, en el dictámen que habéis emitido sobre la culpabilidad del Nazareno?

—Sí: — contestaron á coro los malvados jueces.

—Siguiendo las prescripciones de la ley, el Nazareno tiene el derecho de defensa, hasta en el acto de caminar al suplicio. ¿Hay alguno de vosotros que tenga que decir algo en favor del reo?

El hipócrita Caifás viendo que no estaban presentes Nicodemo ni José de Arimatea, que eran los únicos que habrían contestado al pontífice con una afirmación, no tuvo empacho en hacer aquella pregunta, que se abstuviera de dirigir al Sanhedrin si los dos amigos de Jesucristo se hallaran presentes.

Para aquel malvado el caso era de salvar las apariencias de legalidad, sobre todo cuando sabía que nadie hablaría en favor del Cristo. De esta manera podia presentarse altanero y orgulloso delante del pueblo; de esta manera á nadie le era lícito acriminarle de no haber procurado todas las defensas posibles al Salvador de los hombres.

Como es de suponer, los jueces se mantuvieron impasibles en sus asientos, y ni una voz contestó á la pregunta del gran pontífice.

Este que ya esperaba resultado tal, hizo una pausa, y viendo que nadie le contestaba, tuvo el cinismo, tuvo la incalificable audacia de dirigirse al Hijo del Altísimo con los siguientes términos:

—La causa que contra vos, Jesús de Nazareth, se ha formado, ha recibido el fallo imparcial de los jueces de Israel, pero como la ley de Dios es tan benigna, aun cuando os halleis sentenciado á muerte, se os permite alegar defensas en favor vuestro. Si las teneis, presentadlas, y las estimaremos en el valor que nos inspire que tengan el Altísimo, ya para revocar la sentencia si ellas tuviesen fuerza bastante para lograrlo, ya para confirmarla, si las juzgamos de poco valor ó inadmisibles. Hablad, pues, si re-

cordais algo que os pueda favorecer. Nosotros puestos aquí para juzgaros, os oirémos con calma, cual cumple á nuestro deber, y tendremos una íntima satisfaccion en poderos absolver, si esto procede en justicia, porque repugna á todo pecho de israelita bien nacido, verter, aunque sea legalmente, la sangre de los descendientes de Jacob.

Las razones y palabras de Caifás no podian ser mas especiosas, ni mas cínicas, ni mas perversas. Ya sabia el infame sacerdote que Jesucristo no contestaria á su invitacion hipócrita, porque le constaba la índole del carácter del Salvador.

¿Acaso no probara perfectamente Nicodemus, que aquella horrible sentencia era el espantoso crimen del deicidio? ¿Qué otra cosa podia alegar en favor de la justicia de Cristo, y en contra de la injusticia del Sanhedrin? ¿Á qué, pues, contestar á las excitaciones hipócritas y malvadas que el pontífice le dirigia?

Jesucristo no dijo una palabra. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, y el pensamiento y el alma fijos en la obra divina de la redencion, al oír las palabras de Caifás, compadecióle y rogó por él al Eterno Padre.

¿Qué podia hacer Jesús, sino rogar por la salvacion de los que eran causa de su muerte, cuando á buscar esa muerte habia descendido del cielo? ¿Qué podia hacer Jesús sino amar á sus iníquos jueces, cuando el amor á los pecadores habíale obligado á dejar la bienaventuranza de la gloria, para poder conducirles á la misma bienaventuranza?

La pregunta que Caifás dirigió á Jesucristo, para justificarse y justificar al Sanhedrin ante la consideracion de los espectadores, aquella pregunta tan audaz como el mismo que la formulaba, y que suponía un conocimiento pro-

fundo de la persona y carácter del Cristo, aquella pregunta tan cínicamente intencionada, fue para muchos de los jueces de Israel como la mordedura repentina, inesperada, venenosa de una víbora, y les hizo dar un salto de sorpresa en los respectivos asientos.

—¡Imprudente!... — murmuró Anás clavando la mirada en su yerno, como para acriminarle por lo que habia hecho, y obligarle á salir luego de aquel mal paso.

Gamaliel miró tambien á Caifás de una manera particular, y al ver la envidiable serenidad que aparentaba el gran pontífice, díjose para sus adentros:

—¡Es peor de lo que suponía!

Algunos otros, moviéndose inquietos y frenéticos en sus asientos, murmuraron á coro, pero con voz imperceptible:

—¡Traicion!...

Y unos palidecian de rabia, y otros palidecian de miedo, y todos miraban á Caifás con ojos asombrados, esperando el desenlace de aquella escena, en su concepto comprometedor, y á juicio del Nasi de una habilidad infernal.

Gamaliel estaba en lo justo.

En cambio, Caifás viendo el mal efecto que sus palabras acababan de producir en todo el Sanhedrin, sintió que la ira teñía sus mejillas, y que una chispa de fuego del coraje encendía sus ojos. Procuró, no obstante, dominarse y conservar la aparente calma, guardando para mejor ocasion la hora en que debia echar en cara á sus satélites dos cosas: la primera la desconfianza que acababan de demostrarle; la segunda la defensa que aquel asombro de los jueces hacia de la inocencia de Jesús, y la acusacion de injustos y sanguinarios que dirigía contra los jueces de Israel!

Caifás picado, como suele decirse, en su honra, é in-

comodado grandemente con sus hechuras y satélites, murmuró con despecho, allá en su interior:

—¡Necios los quiero, pero no tanto! ¡Esto es la quinta esencia del idiotismo mas repugnante!

Y luego dejó transcurrir otra breve pausa, cual si con ella tratara de mortificar hasta á su mismo suegro, prosiguiendo poco despues:

—¿Nada teneis que alegar en vuestro favor, para que os sirva de descargo?

Y tenia clavada en Jesús la mirada, al parecer serena, como aguardando á que contestara en pro ó en contra, á esta segunda pregunta que le dirigia.

Jesucristo permaneció mudo como la primera vez. La hipócrita pregunta de Caifás no merecia una contestacion, puesto que ya anticipadamente habíase dicho todo lo que era preciso, para probar su inmaculada inocencia.

Por otra parte, ¿qué mas podia alegar en su favor el divino Nazareno, cuando contestando por la noche al conjuero del mismo pontífice, le dijera que efectivamente Él era el Hijo único del Eterno Padre? ¿Podia haber descargo mas absoluto y mas terminante para el Salvador? ¿Podia haber prueba mas concluyente de su inmaculada inocencia, y del horrendo crimen de los jueces? ¿Y si aquella contestacion, léjos de salvar la vida á Jesucristo, se convirtiera en la base de una sentencia de muerte infamante, era posible alegar nada mas poderoso y grande, que le defendiera y pusiese á cubierto del espantoso fin que se le preparaba?

No; el divino Salvador no podia, no debia decir nada mas, y por eso la doble pregunta del pontífice quedó absolutamente sin respuesta.

Y el silencio del Señor puso mas hueco y satisfecho que

un pavo al maligno Caifás, quién dirigiéndose al Sanhedrin, con la misma aparente calma, despues de una breve pausa, dijo:

—El reo nada tiene que alegar en su favor; ya lo veis, jueces de Israel; ya lo ves, pueblo escogido de Dios. El reo declara por medio de su silencio que la sentencia es justa, por mas que sea horrible, y esto justifica nuestro proceder. Podemos estar tranquilos, podemos dormir sin zozobra, porque el juicio del Altísimo se ha dignado inspirarnos, en esta causa difícil y espinosa, lo que debíamos hacer, lo que procedia en justicia.

Los jueces ya fuera de zozobra, y viendo manifiesta entonces la intension de Caifás al preguntar á Jesús, miráronle admirados, y confesaron para sus adentros que el pontífice tenia un gran talento, y por tanto que era digno de regir los destinos mas elevados de la nacion.

Anás, Gamaliel y Onkelos confesaron que Caifás tenia una audacia portentosa, acompañada de una suerte inverosímil, y léjos de aprobar la imprudencia de la pregunta que tal resultado acababa de dar, siguieron creyendo que Caifás no era mas que un atrevido con suerte.

Mientras tanto el pontífice dirigiéndose á Jesucristo continuó:

—Ignoro si conoceis las leyes de la nacion, que en esta circunstancia teneis á vuestro favor. Dios para prevenir toda injusticia, para evitar que mueran los inocentes como si fueran culpables, aun despues de haberse fulminado la sentencia, aun en el acto de marchar el condenado al suplicio, ha dispuesto que el reo tenga derecho á exponer al tribunal por cinco veces, las razones que se le ocurran en defensa propia. Vais á ser entregado al Pretór de Roma, pero si en el trayecto del camino se os ocurre algo que

pueda favoreceros, declaradlo á los dos jueces de la nacion que os acompañarán, y estos dos jueces dispondrán vuestro regreso, para que libremente podais exponer al tribunal todo lo que creais oportuno, para evitaros el tremendo castigo que se os prepara.

La nueva observacion del imprudente Caifás excitó la cólera de Anás y de Onkelos, que le veian caminar por una tierra deleznable y resbaladiza. El resto de los jueces seguian creyendo que aquello era un portento de la habilidad del gran pontífice.

Caifás siguió hablando:

—El tribunal queda en sesion, hasta tanto que el reo se halle en poder de Pilatos. Entonces terminado nuestro cometido, podremos descansar en paz, seguros de no haber obrado la injusticia.

Anás en este momento se levantó, y cambiando una mirada de inteligencia con Onkelos, dijo:

—Supongo que no habrá inconveniente, en que seamos Onkelos y yo los encargados de conducir el reo al Pretorio.

Caifás, aunque con extrañeza, viendo la resolucion de su suegro, resolucion tan repugnante como era posible que fuese una resolucion de Anás, dijo:

—Ninguna dificultad halla la mesa en acceder á lo que acabais de indicar. Anás el pontífice, y Onkelos el doctor de la ley, quedan encargados de acompañar el reo al pretorio, y de poner la causa de Jesús de Nazareth en manos de Poncio Pilatos. Cuando esto haya sucedido, los delegados del Sanhedrin harán conocerlo al tribunal, para que pueda levantar la sesion.

Entonces Anás y Onkelos se acercaron á Cristo, y mientras los soldados penetraban en la sala, y mientras se dis-

ponia Malco á maltratar á Jesús, como acostumbrara, el pontífice le dijo en voz baja:

—Malco, por respeto al público, y para que los partidarios del Nazareno no se alboroten, es preciso que hasta haber entregado *ese hombre* á Pilatos, se le trate en la apariencia con todo miramiento. Observa que es de dia, y que no todos son favorables al Sanhedrin.

Malco haciendo un gesto grotesco y expresivo, como si quisiera denotar que habia comprendido la intencion del viejo sacerdote, le contestó:

—Descansad en mí; os he comprendido.

Mientras tanto, Onkelos decia al Sagan:

—Vuestro yerno es un tonto presumido, y nuestro pe-
llejo tal vez no se halle del todo asegurado. ¿Quién le ha
mandado á Caifás que hablara de los privilegios que la ley
concede al reo en esta hora? ¿Qué espíritu infernal le ha
hecho ocurrir, que era un buen paso recordar al pueblo,
que aun en este momento puede declarar en favor del Na-
zareno?...

—Ha sido una torpeza insigne, lo conozco, y para evitar las consecuencias que podia tener, me he tomado la libertad de disponer de vos. De esta manera he creido que el Nazareno podia estar seguro. Dos necios que hubiésemos mandado para acompañar al reo, podian causarnos serios disgustos, y tal vez un fracaso, porque habrian sido capaces de oír las reclamaciones que se pueden presentar...

—Sin embargo, el puesto, aunque muy honroso y muy útil para la patria, no es de los mas seguros.

—¿Temeis, Onkelos?

—Un motin es hasta probable. No temo, pero lo preveo. Los partidarios del Nazareno se hallarán muy excitados, y no seria cosa difícil que promoviesen una asonada.

—No lo espero, amigo mio;—dijo Anás con calma, porque efectivamente, no esperaba que los temores de Onkelos se tradujesen en hechos.

—Tanto mejor si mis temores no llegan á realizarse. De todos modos, sentiria en el alma que fueseis á suponer que el riesgo que tal vez corremos me amedrenta. Yo no temo por mi vida, sino por la seguridad del reo:—observó Onkelos con gravedad.

—Nunca me ha sido dable suponer otra cosa, porque conozco vuestro valor, amigo mio, y el interés que os inspira la salvacion de la patria.

—Entonces vamos. Lo que se ha de hacer hacerlo pronto, porque yo tendré fiebre, hasta tanto que vea al Nazareno en poder de Pilatos.

Anás quedóse parado y meditabundo, cual si en aquel momento se le ocurriera alguna nueva idea; un escrúpulo de los muchos que asaltan de vez en cuando á los malvados.

Onkelos, viéndole en aquella actitud quedóse mirando á su compañero, y como que conocia y odiaba bastante al malvado viejo, díjose para sus adentros:

—¿Qué será lo que medita este sepulcro blanqueado?

Y luego levantando la voz, dijo:

—¿En qué pensais?

—Pensaba en una cosa bastante grave, que por particular inspiracion de Dios se me acaba de ocurrir.

—Y ¿qué es ello?

—Hoy es el dia de la preparacion, y mañana es la gran fiesta de la Pascua. De consiguiente, si entramos en el pretorio contraemos una impureza legal, porque es una casa en donde se adoran los ídolos.

—Bien; ¿y qué?—preguntó el fariseo algo impaciente

y algo irritado, viendo la grande hipocresía de su compañero.

Y luego continuó diciendo Onkelos para sí:

—Nos conocemos bastante, y ahora piensa hacerme suponer, que algun dia va á reventarle un empacho de legalidad. ¡Cuidado, que se necesita audacia para pretender lo que pretende este gusano asqueroso!

Y se quedó mirando al viejo Anás de una manera particular, de aquella manera que se mira, cuando quiere decirse con los ojos, lo que no se juzga oportuno decir con la lengua.

—Y ¿qué?—preguntó Anás afectando un aire de gravedad, aire que rayaba en lo ridículo,—y ¿qué?

—Sí; y ¿qué?—continuó Onkelos impacientándose mas, y sintiendo que la ira y el desprecio que bramaban en el corazon luchaban por salir.

—Es que si contraemos esa impureza legal, no nos es lícito mañana comer el cordero de la Pascua, y ese es un inconveniente que debemos evitar. Por otra parte, no escandalicemos al pueblo, que se mira en nosotros, como se mira una mujer en un espejo de bruñida plata.

Onkelos no pudo detener una sonrisa, oyendo las palabras del viejo. Aquella sonrisa era bastante espresiva, pero al anciano sacerdote no le convino, sin duda, penetrar su significado, pues hizo como si no la entendiera.

Onkelos callaba, y sonreia, y miraba á Anás de una manera maliciosa. El fariseo no halló mejor contestacion, y no profirió una palabra.

—¿No os parece que debe ser así, amigo mio?—insistió Anás, viendo que no obtenia la respuesta que deseaba.

—Sí; no hay duda que debemos ser espejos en los que se mire el pueblo.

—Y ¿cómo nos las componemos para entregar el Nazareno al orgulloso pretor de los romanos? Si entramos en su palacio, contraemos una impureza y no podemos comer la Pascua; si no penetramos en él, *ese hombre* no morirá hoy, y es preciso que muera sin remedio. ¿Cómo se arregla pues?

—Anás, yo no sé si fingís, y si habeis perdido el juicio, ó si me habeis tomado por un monigote. Lo cierto es que os oigo, y vuestras palabras insípidas, me hacen el mismo efecto que las de vuestro hijo Eleazar.

— ¡Onkelos! — dijo Anás con altanería, mirando irritado y ofendido al fariseo, que no pudiendo contenerse por mas tiempo, hubo por fin de decir lo que pensaba.

— Es así, amigo Anás; es así. ¿Quién al oiros pensara que hablais en sério? ¿Quién conoceria en las palabras que de proferir acabais, al astuto viejo Anás? Un niño de seis años, no se habria espresado con la candidez que vos acabais de hacerlo. Si esa candidez es natural, pase... pero si en ella tratáis de darme á entender otra cosa que no sea la pura verdad, debo deciros que andais equivocado, y que puesto que nos conocemos los dos bastante bien, lo mejor y mas breve es decirnos la verdad, dejando para usarlas con otros las añagazas.

— Onkelos, yo no creo haberos dado lugar á que me tratéis con tanta dureza.

— Si la verdad es dura; si es duro mi carácter, ¿cómo quereis que no hable así? Os andais con escrúpulos, y ya sabeis que los escrúpulos, en ciertos hombres y en ciertas causas, son por demás. Mejor es que hablemos claro.

— No os entiendo.

— Me esplicaré. No os conviene entrar en el pretorio, porque Pilatos abriria una informacion sobre la causa del

Nazareno, os haria varias preguntas, tal vez llamaria testigos, preguntaria al reo, que es fácil hablase allí con mas libertad, y ¿quién sabe si el lobo caeria en la trampa? ¿quién sabe si Jesús saldria libre del pretorio, quedando preso el anciano Anás? ¿No es eso lo que habeis pensado? ¿No son esas las causas de vuestros escrúpulos, amigo mio?... pues ¡qué diablo! ¿por qué no hemos de hablar claro, cuando nos conocemos lo bastante para poder hacerlo sin escandalizarnos?

Anás, avergonzado de que Onkelos hubiese penetrado la hipocresía de su carazon, callaba, mientras que el fariseo seguia esponiendo á los ojos del viejo, la idea que este habia procurado ocultarle hipócritamente.

— La cuestion es solo aquí de seguridad personal. Guardemos para engañar al pueblo, las especiosas razones con que pretendíais engañarme á mí, pero cuando se trata con hombres que conocen tan bien como otro cualquiera las artes y manejos del oficio, lo mas prudente es no ofenderles, haciéndoles pensar que se les toma por inespertos niños, ó por seres de esos envilecidos, que no saben hacer otra cosa que manejar el incensario y dejarse engañar.

— ¿Os habeis ofendido pues? — dijo Anás en tono de confianza.

— No por cierto, porque estoy muy acostumbrado ya á veros siempre con el antifaz, pero como no me gusta que me tomen por un niño cándido ó por un juguete, acostumbro á significarlo siempre, diciendo lo que pienso.

— Teneis que dispensarme, porque como uno está acostumbrado á alternar con necios, la costumbre de fingir me lleva muchas veces, cuando trato con hombres, hasta el extremo de herir su delicada susceptibilidad.

— Bueno, bien; dejemos ya esta cuestion á un lado, y

puesto que mañana es el día de la Pascua, procuraremos hacer creer al pueblo, que si no hemos entrado en el pretorio, es para no contraer la impureza legal que nos inhabilita para comer el cordero. La excusa no es mala, y aquí viene como de molde. El pueblo nos creerá; apareceremos á sus ojos como hombres de ley... ¿qué importa que el motivo de no entrar en el pretorio sea otro, bien diferente del que aleguemos hasta al mismo Pilatos?

Los dos interlocutores sonriéronse malignamente, despues de haber hablado Onkelos. Las dos últimas preguntas del fariseo significaban: *¿Qué importa cumplir ó no con la ley, con tal que se cubran las apariencias?* Y la sonrisa que los dos malvados cambiaron entre sí, no tenia otra significacion, que la de decirse que se habian comprendido.

Despues Anás dijo:

— ¿Y cómo le ponemos en poder de Pilatos, si no penetramos en el pretorio?

— Es cosa fácil. Los romanos tienen siempre en los labios la palabra *pueblo*, como si para ellos no hubiese en el mundo otra cosa que el pueblo. Rodeémonos pues del pueblo, y acompañados de una multitud compacta, que esté conforme con nuestras ideas, dirijámonos al pretorio, y Pilatos, que tal vez nos despreciaría y nos humillaría si fuéramos solos allí, nos recibirá bondadosa y placenteramente si el *pueblo soberano* nos acompaña. El pueblo, y nosotros á su cabeza, nos situaremos en la plaza que se estiende entre el pretorio y la fortaleza Antonia, y al vernos el pretor saldrá á nuestro encuentro, no para honrar al Sanhedrin, sino para honrar al *populacho*.

Las palabras de Onkelos no podian ser ni mas orgullosas, ni mas despechadas. Él mismo, que para todo lo que le convenia sabia halagar al pueblo, y no se quitaba nunca

esta palabra de los labios, condenaba con una acrimonia escesiva la política de los romanos, y como en aquel momento la presencia del pueblo ofendia su orgullosa jactancia, no tenia inconveniente en hablar tan sarcásticamente del mismo, que en otras ocasiones incensaba, porque intentaba ponerle por escabel de su gloria.

¡Pobre pueblo, que tiene la fatalidad de creer, con una candidez asombrosa, al primero que con vanas y sonoras palabras quiere engañarle! ¡Pobre pueblo, que siempre se presta gustoso á que hombres maliciosos y llenos de sordida ambicion le fanatizen, al objeto de servirles de escabel para escalar los puestos mas elevados! ¡Pobre pueblo, para quien todos los hombres que le halagan, se truecan muy luego en tiranos que le desprecian!... ¡Qué desgracia para el mundo, el que el pueblo de nuestro siglo, por muy grandes que sean los ejemplos con que le brinda la esperiencia constante, no sepa arrancar la venda que oscurece sus ojos, para que pueda ver, que aquel que mas le halaga mas le engaña!... ¡Oh! El día en que el pueblo comprenda que se le considera como un niño, á quien se promete un juguete con el objeto de engañarle, aquel día será el de la paz universal... Mas ¡ay! es tan difícil que este momento llegue! ¡Está el pueblo tan encariñado con las tinieblas, en que le sumerge la venda que ha dejado ponerse á los ojos!...

Hoy entroniza con trasportes de entusiasmo, al que mañana, riéndose del pueblo, se convierte en un exactor, y se enriquece y honra, á costas de la sangre y lágrimas del pueblo. Cae pasado mañana, obligado mas por la carga inmensa de las riquezas que en un día ha sabido adquirir, que por la ira del pueblo que tiene encerrado en el puño. Al día siguiente ha consumido en disipaciones infandas aquellas riquezas, necesita de nuevo dinero, pro-

nuncia algunas palabras mágicas, el pueblo las oye con gusto, se entusiasma, olvida al exactor de tres días atrás, para no acordarse de otra cosa que del ídolo de hoy... Mientras tanto el ídolo se trueca de nuevo en tirano, se enriquece otra vez, se ríe de las amenazas del pueblo, y piensa que mañana, si le conviene, sabrá perfectamente poner las masas de su parte, con solo pronunciar un discurso!... Esta es la experiencia constante, esto es lo que todos los días vemos, y mientras tanto, el pueblo gime, llora, muere de hambre, y todo, todo lo sufre con una imperturbable calma, con tal que pueda aclamar á sus ídolos. ¡Ah! ¡cuán dolorosa es la consideración á que se presta tan lamentable ceguera! ¡Cuándo se convencerá el pueblo de que aquel que menos le halaga es el que mas le ama?

Pero volviendo ya á nuestro asunto, del cual nos hemos estralimitado al oír las palabras de Onkelos, tan parecidas á las que hoy día salen de los labios de muchos, que ocupan la posición del fariseo, dirémos que los dos malvados judíos musitaron á una, entre pensativos y rencorosos:

— ¡Es bien triste!

—Triste y desesperante es para Israel, — continuó Onkelos. — Dios puso la autoridad en el Sanhedrin, y la consideración de que el tribunal tiene ya menos autoridad que el pueblo, para juzgar al que fue instituido, es cosa que subleva el corazón, es cosa que enciende la sangre, es cosa que escita el furor!

— ¡Cómo ha de ser! — balbuceó Anás entre pensativo y rencoroso.

Luego prosiguió:

— Pero mientras el aspecto de las cosas no varíe, fuerza nos es sujetarnos á las exigencias del mas fuerte. Resignémonos, ya que no de grado, por fuerza, y veamos de qué

manera podemos terminar este asunto, del modo mas seguro y decoroso que nos sea posible.

— El medio es bien sencillo. El público que nos rodea no duda que nos será afecto, puesto que parece hallarse muy complacido con la sentencia que se acaba de pronunciar.

— ¡Oh! sí; el gentío apiñado en torno del tribunal, es todo nuestro. Eleazar nos ha prestado un buen servicio disponiendo las cosas así.

— Efectivamente; es el único terreno ese, en que nuestro hijo puede lucir sus dotes, — dijo Onkelos con una ligera entonación de sarcasmo.

— No tiene él la culpa si Dios no le ha dotado de otros talentos, — contestó el padre, ofendido un tanto por el sarcasmo del fariseo.

— Sin duda... Pero dejando á un lado esas pequeñeces, y reconociendo el gran servicio que en esta ocasión Eleazar nos ha prestado, bueno sería que nos sirviésemos del mismo Eleazar, para poner en el caso de seguirnos hasta la plaza del pretorio, al gentío que nos rodea. Bueno será advertirle que ese gentío, formado de enemigos del Nazareno, no se mueva de nuestro lado, para prevenir toda intontona, todo movimiento de los partidarios de *ese hombre*.

— Es un pensamiento muy acertado.

Entonces Anás dirigióse al sitio que ocupaba el hijo aludido, y habló breves palabras al oído de Eleazar. Estas palabras mucho debían halagar la infatuada vanidad del malvado y necio, pues desde luego se traslució en su rostro la alegría y regocijo de su alma.

Eleazar se levantó, acercóse á Sadoc (que era otro de los jueces del Sanhedrin, y del cual en otro lugar hemos dicho que jugó un papel de fanático en la pasión del Redentor), y le habló también algunas palabras al oído.

Entonces Sadoc y Eleazar, sin guardar miramiento alguno á la gravedad del acto, se confundieron en la multitud de los espectadores, hablaron algunas palabras con los que al parecer hacian de capataces, y poco despues Eleazar, tornando á su respectivo asiento, dijo á su padre con un tono particular de complacencia:

—Todo está dispuesto.

—Vamos pues, —dijeron á coro el viejo sacerdote y el malvado fariseo.

Un momento despues, Jesucristo, atado de piés y manos, emprendía el camino del Pretorio. Sus débiles y acardenaladas piernas apenas le podian sostener: su rostro se hallaba tan cambiado, tan desfigurado, que muchos al verle, de pronto no le conocieron.

Anás y Onkelos caminaban á su lado afectando una gravedad ridícula. Malco guardaba en sus manos los extremos de las cuerdas y cadenas, con que el Cristo venia amarrado, y seguian á Malco los soldados y la multitud del populacho, enemigo de Cristo.

Esta multitud iba aumentando prodigiosamente, pues que se unia á ella la gente que á aquella hora dirigíase al templo, para acudir al sacrificio de la mañana.

Un silencio sepulcral dominaba por doquier. Aquel silencio acababa de hacer mas imponente el cuadro, como acaba de hacer mas imponente la tempestad que se acerca, el rayo sordo que rasga las nubes, sin producir el trueno que las sacude.

CAPITULO II.

Delante del Pretorio.

La fortaleza Antonia y el palacio de Herodes el Idumeo que habitaba Poncio Pilatos, se hallaban, segun creemos haberlo dicho en otra parte, junto al mismo templo, de modo que aquella servia para defender la suntuosa y rica morada que Dios tenia erigida en Israel.

Poco tuvieron pues que andar los que llevaban á Jesucristo preso, para llegar al punto donde se dirigian.

Mas como presumimos que á nuestros lectores no les desagradará entrar en el pretorio, antes que lleguen allí la nobilísima Víctima y sus rabiosos enemigos, nos anticiparemos al cortejo que acompañaba á Jesucristo, para ponernos desde luego en relacion con el pretor, que desde ahora va á jugar un papel tan principal en la presente tristísima historia.

Si mal no recordamos, en el capítulo sexto del libro idem, hemos dejado á Pilatos en el momento en que abandonaba su cámara Claudia Prócula, despues de haberle hablado en favor de Jesús, y en contra de los malvados judíos que intentaban hacerle morir en un patíbulo, con la muerte infamante de los bandidos y de los asesinos.

Si mal no recordamos tambien, dijimos en dicho capítulo, que Pilatos tenia una horrible pesadilla en el momento que Claudia penetró en la habitacion de su esposo, para ha-